

Enhanced Document

Norbert Elias

SOCIOLOGÍA FUNDAMENTAL

1

Sociología: el planteamiento de Comte

Para un sociólogo parece indudable que renuncia a una gran herencia intelectual cuando se aborda con ideas preconcebidas la obra de los grandes hombres que trabajaron en el siglo XIX para el desarrollo de la ciencia de la sociedad. Vale la pena intentar extraer del trabajo intelectual de estos hombres aquello sobre lo que todavía hoy es posible apoyarse en el esfuerzo por lograr un análisis científico de la sociedad y separarlo de lo que fue sino expresión de los ideales de la época. Mientras que la imagen de la herencia del legado marxiano aparece con mucha frecuencia deformada por el odio y la alabanza, Auguste Comte (1798-1857), que fue quien acuñó literalmente la palabra «sociología» para designar esta ciencia, rara vez hace acto de presencia en el escenario.¹ La imagen del legado comtiano, errabunda y fantasmal a través de los manuales, suscita la impresión de una pieza de museo tanto más polvorienta. Una parte considerable de lo que escribió, por otro lado, puede confiarse sin más al polvo. Escribió demasiado. Su estilo a menudo pompo-

1. Véase el vol. V de la colección «Grundfragen der Soziologie»; Helmut Klages, *Geschichte der Soziologie*, Munich, 1969, pp. 51 y ss. (Nota de Dieter Claessens.)

Tenía ideas obsesivas, por ejemplo la de que todas las cosas importantes están divididas, y cabe duda de que desvariaba en alguna medida. Pero a pesar de todas las chifladuras y excentricidades, si se toma la molestia de apartar aquí y allá el polvo, encuentra que aparecen en la obra de Comte ideas que son nuevas, ideas en parte olvidadas o malentendidas y que sin duda tienen, para la elaboración ulterior de la sociología, tanta significación como las ideas de Marx —quien se hubiera estremecido de haberse sabido mencionado junto a Comte en la misma oración. Pero se trata de señalar la diversidad de posiciones ideales y políticos. No es el caso aquí. También Comte fue un gran hombre, si es que se puede decir categóricamente, y la discrepancia entre los problemas que le interesaban y las ideas que usualmente le atribuyen algunos es sorprendente. No siempre es sencillo explicar esta discrepancia y tampoco lo que se propone hacer aquí. Comte hizo por el desarrollo de la sociología mucho más que darle nombre. Como cualquier pensador siguió trabajando a partir de lo que habían elaborado antes que él. Podemos prescindir del aburrido debate de qué ideas de Comte fueron tomadas de Turgot, de Saint-Simon y cuáles de sus ideas fueron «completamente originales»: ningún hombre inicia nada; todos somos continuadores. Comte formuló una serie de problemas con mayor claridad que ninguno de sus predecesores. Sobre muchos de estos problemas arrojó luz. Algunos están casi olvidados, a pesar de que son de gran importancia científica y pueden servir de ejemplo de que el progreso científico es todo lo contrario de lineal.

Comte está considerado no sólo el padre de la sociología, sino también el fundador del positivismo filosófico. Su primera gran obra, publicada en seis volúmenes entre 1830 y 1842, se titulaba, de hecho, *Cours de Philosophie Positive*. El término «positivo» utilizado por Comte, es en general sinónimo de «científico» y entendía por él la adquisición de conocimientos por medio de teorías y observaciones empíricas. Ha sido idea corriente llamar a Comte «positivista». Se entiende por tal un defensor de una concepción epistemológica según la cual el trabajo científico de conocimiento general puede partir de observaciones y construir sobre esa base, posteriormente, teorías. Entre las singulares deformaciones que ha estado sufriendo la idea de que fue «positivista» en este sentido. En ocasiones Comte bromea a costa de esta idea ingenua del «chato positivismo». ¿Cómo cabe imaginar, —pregunta, que sea posible observar sin poseer previamente una teoría que determine la selección de las observaciones y el planteamiento de los problemas cuya respuesta se ha de encontrar a través de las observaciones? Sin embargo, nadie ha subrayado más expresiva y consecuentemente la interdependencia de observación y teoría como núcleo del trabajo científico que el propio Comte:

Pues si por un lado toda teoría positiva ha de fundarse en la observación, por otro resulta también evidente que, para poder observar, la inteligencia necesita alguna teoría, del tipo que sea. Si al contemplar los fenómenos no los ligásemos de inmediato a principios determinados, no solo sería totalmente imposible combinar observaciones aisladas... sino que incluso seríamos incapaces de recordar; aún más, la mayoría de los hechos serían invisibles a nuestros ojos.

La constante interrelación de dos operaciones mentales, de la teórica sintetizadora y de la empírica orientada a lo concreto, es una de las tesis fundamentales de Comte. Era todo lo contrario de un positivista en el sentido que hoy se da a esta palabra; no creía que fuese posible operar en el trabajo científico de modo puramente inductivo, es decir, partir de la observación de hechos singulares y elaborar desde tales observaciones individualizadas puras teorías de síntesis como algo posterior. Comte rechazaba esta visión de las cosas con la misma resolución que oponía a la concepción según la cual una investigación científica es posible a partir de puras teorías o hipótesis sin relación con hechos concretos observables, es decir, formadas al principio de modo puramente especulativo y arbitrario y asociadas solo a posteriori al contraste con los hechos concretos. Comte tenía sus razones, a las que aún nos hemos de referir, para romper con toda resolución una tradición filosófica en la que una y otra personas diversas trataban de demostrar que una de las operaciones intelectuales pri-

Se alzaba sobre la otra, tradición - la que durante siglos y sin merma de obstinación y parcialidad han pugnado y argumentado deduccinistas e induccionistas, racionalistas y empiristas, aprioristas y positivistas o como quiera que se les haya llamado. Un leitmotiv de la teoría comtiana de la ciencia era que el trabajo científico se basa sobre la indisoluble unidad entre síntesis y observación concreta, entre teorización y empiria. El énfasis que puso reiteradamente en el carácter positivo, es decir científico de todo trabajo de investigación explica por qué él, filósofo de formación científica, oponía a la filosofía de los siglos anteriores, especialmente del siglo XVII, cuyos representantes podían permitirse sentar afirmaciones sin fundamentarlas mediante contraste sistemático apoyado en observaciones concretas. En muchos casos además, estas afirmaciones estaban estructuradas de tal manera que en absoluto era posible someterlas a contraste con ayuda de observaciones de hechos. Cuando Comte denominaba filosofía «positiva», estaba expresando esta descalificación consciente del género de filosofía que no se basa sobre el trabajo científico y que no procede científicamente, es decir, de la filosofía especulativa. La imagen deformada de Comte como «archipositivista» en el sentido literal que es el contrapuesto a sus verdaderas opiniones supone la venganza inconsciente de los filósofos que siguieron trabajando en la vieja tradición. Aun cuando las propuestas de solución de Comte no siempre fuesen afortunadas, cuando la pugna que siempre existió...

incomprensibles han tendido un segundo velo sobre el pensamiento de Comte, a pesar de todo eso, el planteamiento de los problemas sigue surgiendo lozano y orientador de la obra dedicada a la teoría de la ciencia.

Tres de los problemas que planteó Comte en Philosophie Positive y cuya solución intentó son de especial importancia para la introducción a la sociología. Comte intentó:

- 1) desarrollar una teoría sociológica del pensamiento y la ciencia;
- 2) determinar la relación que vinculaba entre sí a los tres grupos de ciencias importantes en su horizonte -el físico, el biológico y el sociológico-, y
- 3) fundamentar en el marco del sistema de ciencias la autonomía relativa de la sociología en relación a la física y la biología, con referencia estricta a la naturaleza diversa de los objetos respectivos y los procedimientos propios de cada una.

Todos estos planteamientos de problemas están en estrecha relación con la experiencia básica común a muchos hombres reflexivos de la época en el sentido de que los cambios sociales no podían explicarse sencillamente a partir de las intenciones y las medidas de personas individuales y aún menos de príncipes o gobernantes aislados. La tarea, por consiguiente, consistía en desarrollar instrumentos conceptuales que hiciesen posible captar en el plano de la teoría tales conexiones de acontecimientos que, lentamente, iban apareciendo con cada vez mayor claridad como relativamente impersonales. Los únicos modelos, categorías y conceptos que estaban al principio disponibles para ello eran los que procedían de las ciencias de la naturaleza, físicas y biológicas. Por consiguiente, durante todo este período no solo se utilizaron sin reparos también para la exploración de los problemas sociales muchos de los instrumentos intelectuales forjados en la exploración de los problemas físicos y biológicos -como sucede todavía hoy-, sino que además no se

conseguía distinguir con claridad la «naturaleza» en el sentido de las viejas ciencias naturales y la conexión de procesos que poco a poco iba descubriéndose, lo que hoy se llama «sociedad». En este aspecto dio Comte el paso decisivo. Como alumno y luego examinador y asistente de la famosa École Polytechnique adquirió una formación científico-natural y matemática más profunda que la de la mayoría de quienes en su época se dedicaban al estudio de los problemas sociales desde un punto de vista teórico. Percibió con más claridad que todos sus antecesores que la investigación científica de la sociedad no podía realizarse sencillamente como ciencia natural, como otro tipo de física. A menudo se menciona que Comte ideó el término «sociología» para designar a la ciencia. Pero precisamente ideó este nombre porque percibió que la ciencia de la sociedad era un tipo de ciencia que no puede ubicarse bajo el manto...

DE LA TEORÍA SOCIOLÓGICA A LOS IMANES SOCIALES

Conceptual de la física y la biología. En el reconocimiento de la autonomía relativa de la ciencia social respecto de las más antiguas ciencias de la naturaleza es donde reside el paso decisivo operado por Comte. El hecho de que diese además nombre a la ciencia es tan solo expresión de la resolución de comprensión científico-teórica de la autonomía relativa de esta respecto de las ciencias más antiguas.

Para Comte, la principal tarea de la ciencia consistía en el descubrimiento de legalidades del desarrollo social. El problema básico que le planteaba, como a muchos otros pensadores del siglo XIX, estaba en relación con la perentoriedad de la cuestión que suscitaba el ritmo del propio desenvolvimiento social y la situación de la clase burguesa y obrera ascendentes y las élites intelectuales: ¿hacia dónde vamos? ¿A dónde va el desarrollo de la humanidad? ¿Va en la «dirección apropiada», es decir, la dirección de mis ideales y deseos? En la forma que Comte abordó este problema puso de manifiesto un viejo problema de los filósofos. Estos se definen ante sí mismos y los demás porque están especializados en el pensamiento. Así, con mucha frecuencia sus pensamientos giran en torno a la actividad mental, al espíritu, en torno a la razón de los hombres en tanto que clave de todos los demás aspectos humanos. De manera análoga a Hegel -aunque sin ropaje metafísico- Comte vio también en el desarrollo del pensamiento el problema clave, el único problema clave, de la evolución de la humanidad.■

Sólo Marx rompió resueltamente con esta tradición. En este aspecto Comte siguió estando plenamente inserto en la tradición de la filosofía. Ahora bien, si se examina el problema más de cerca, se comprueba que rompió en puntos decisivos con la tradición filosófica clásica. Esta ruptura tuvo consecuencias que hasta hoy no han sido del todo reconocidas porque el propio Comte las perfiló a menudo brevemente y empleando, además, un lenguaje algo anticuado. Pero sus enfoques a este respecto son de gran importancia para el desarrollo de la sociología y de la teoría de la ciencia.

4. Véase Negt, Oskar, *Strukturbeziehungen zwischen den Gesellschaftslehren Comtes und Hegels*, Frankfurt am Main, 1964. (N. de D.C.)

42

De la teoría filosófica del conocimiento a la sociológica

La teoría clásica del conocimiento y de la ciencia investiga cómo procede un sujeto, o sea, una persona individual, en el pensar, en el conocer, en el trabajo científico. Comte rompió con esta tradición. A sus ojos era incompatible con los hechos observables. La actividad de pensamiento e investigación de los hombres es más bien un proceso continuo que se extiende a través de generaciones. El proceder de las personas individuales en el pensar, el conocer y en el trabajo científico se apoya en lo logrado por las generaciones anteriores. Para entender y explicar cómo proceden las personas en estas actividades, por tanto, hay

que investigar este prolongado proceso social de desarrollo del pensamiento y el saber. La transición de la teoría filosófica del conocimiento y de la ciencia a la sociológica, operada por Comte, se manifiesta, por consiguiente, en principio en el hecho de que no tomó como «sujeto» del conocimiento al hombre individual, sino a la sociedad humana. Si para él los problemas del pensamiento seguían figurando en el punto central de la problemática filosófica, también había sociologizado, al mismo tiempo, la representación del sujeto del pensamiento. ■

Del conocimiento no-científico al científico

En la filosofía clásica europea el pensamiento «racional» -que encuentra su más clara expresión en las ciencias de la naturaleza- aparece como el tipo normal del pensamiento de todos los hombres. No es objeto de consideración en las teorías clásicas de la ciencia y del conocimiento el hecho de que este tipo de pensamiento sea de muy tardía aparición en la evolución de la humanidad, que durante un largo período los hombres no hayan procedido científicamente en sus esfuerzos por conocer. Esto se descarta como irrelevante para una teoría de la ciencia y el conocimiento.

5. Se pueden encontrar precursores de este cambio en la historia de la crítica de la ideología y de la sociología del conocimiento; se podría citar, por ejemplo, la teoría de los ídolos de Bacon. (N. de D.C.)

Conocimiento. Para Comte el problema de la relación entre las formas precientíficas de conocimientos y las científicas se convierte en una cuestión central. Respondía a un punto de vista sociológico que no juzgase al pensamiento precientífico fundamentalmente en función de su validez, sino simplemente que contase con él como hecho social. Es un hecho observable, decía, que todos los conocimientos científicos surgen de ideas y saberes precientíficos. Formulaba esta observación en términos de ley del desarrollo social. «Cada una de nuestras concepciones principales, cada rama de nuestros conocimientos, atraviesa sucesivamente tres estadios teóricos diferentes: el estadio teológico o ficticio; el estadio metafísico o abstracto; el estadio científico o positivo. Dicho de otra manera, la inteligencia humana... utiliza sucesivamente en cada una de sus investigaciones, tres métodos... el método teológico; luego, el método metafísico; y, finalmente, el método positivo.»

Cuando se toma como marco de referencia del pensamiento y el conocimiento humanos no a los individuos aislados, cuya naturaleza se considera, por así decir, autogenerada, ajena a cualquier trabajo previo, un mecanismo que funciona mecánicamente, ciegamente, sin metas ni objetivos, pero sujeto a leyes, sino que más bien, como hace Comte, considera el conocimiento como el resultado de una evolución que abraza centenares y tal vez miles de generaciones, es efectivamente imposible sustraerse a la pregunta de cuál es la relación que existe entre los esfuerzos científicos de conocimiento y los precientíficos. Comte emprendió una tentativa de establecer una tipología clasificatoria de estos estadios de la evolución de la humanidad. Señala en este sentido, que la reflexión humana sobre la naturaleza inanimada, luego sobre la vida y finalmente sobre las sociedades se basa al principio siempre en especulaciones, en la búsqueda de respuestas absolutas, definitivas y dogmáticas para todas las preguntas y en el empeño de encontrar explicación para todos los sucesos de importancia afectiva para quienes formulan las preguntas en las acciones, los objetivos y las intenciones de determinadas personas a las que se considera autores materiales. En el estadio metafísico, las explicaciones basadas sobre autores personales son sustituidas por explicaciones en forma de abstracciones personificadas. Comte tenía aquí presentes sobre todo a los filósofos del siglo XVI, quienes explicaban muchos fenómenos invocando abstracciones personificadas como la «naturaleza» o la «razón».

Cuando finalmente los hombres alcanzan una etapa determinada del saber en el estadio positivo o científico del pensamiento, renuncian a preguntar por comienzos absolutos y metas absolutas, que si bien pueden generar sentimientos de gran importancia no son susceptibles de prueba a partir de observación alguna. Entonces la meta del conocimiento se orienta a determinar qué tipo de relación tienen entre sí los acontecimientos observables. Las teorías, podríamos decir en lenguaje actual, son modelos de interrelaciones observables. Comte mismo, dado el estadio de los conocimientos de su tiempo, hablaba aún de las «leyes» de relación. Nosotros hablaríamos, en cambio, de legalidades, estructuras o interrelaciones funcionales.

Pero para la continuidad del trabajo, más importante que el intento de solución propuesto por Comte es el planteamiento del problema que él hizo. Una teoría sociológica del conocimiento y de la ciencia no puede hacer abstracción de la cuestión de qué modo y en

relación con qué cambios sociales globales se produce la transición de tipos de pensamiento y conocimiento precientíficos a los científicos. Con un planteamiento así se quiebra la limitación tanto de la sociología del conocimiento anterior como de la teoría filosófica del conocimiento. La sociología clásica del conocimiento se limita a tentativas de demostrar la conexión de las ideas precientíficas, las ideologías, con las estructuras sociales. Cuando se plantea la cuestión de las transformaciones sociales de carácter global en cuyo curso los esfuerzos precientíficos de conocimiento mutan en científicos sale del círculo en el que está confinada en tanto vincula el análisis de las relaciones entre las ideas y la situación social específica de sus portadores con un enfoque tendente a la relativización y la desvalorización de ideas como «ideologías». La «ley»

7. Véase a este respecto, Berger, Peter y Luckmann, Thomas: *Die gesellschaftliche Konstruktion der Wirklichkeit. Eine Theorie der Wissenssoziologie*, Frankfurt am Main, 1969. (N. de D.C.)

8. Este es un tema central de la sociología del conocimiento mannheimiana. Véase *Wissenssoziologie*, ed. por Kurt H. Wolff, Neuwied, 1964. (N. de D.C.)

De los estadios de Comte remite la posibilidad de contemplar la evolución de las formas de pensamiento y las ideas en relación con el desarrollo social más amplio sin necesidad de descartar aquellas como sencillamente ideologías falsas, precientíficas. Más que dar respuestas a un conjunto de problemas, sin embargo, Comte lo enunció. Pero llamó claramente la atención sobre la relación y aspecto de la vinculación entre formas precientíficas y científicas del conocimiento que es de gran importancia para la comprensión del desarrollo del conocimiento y, más aún, para la comprensión de todos nuestros conceptos y, en última instancia, también de los lenguajes en general. Mostró que sin lo que él llama el tipo teológico de conocimiento, y que nosotros tal vez llamaríamos sencillamente religioso, la formación del tipo científico es absolutamente impensable. La explicación que da de esto muestra en qué medida fue Comte un "positivista". Los hombres, señalaba, han de realizar observaciones para poder formular teorías. Pero también han de tener teorías para poder observar: "La inteligencia humana, en el momento de nacer, se habría visto encerrada en un círculo vicioso que no hubiese roto si, por suerte, no se hubiese abierto una salida natural gracias al desarrollo espontáneo de las concepciones teológicas"■. Comte hace referencia aquí a un aspecto fundamental de la evolución humana.

Supongamos que nos remontamos a una época anterior, en la que el patrimonio social del saber era mucho menor de lo que es hoy. Para poder orientarse, los hombres necesitan un cuadro global, una especie de mapa que les señale cómo se relacionan entre sí los diferentes fenómenos singulares que perciben. Actualmente forma parte de nuestro patrimonio de experiencias el conocimiento de que las teorías que señalan cómo se relacionan entre sí los hechos singulares son de la máxima utilidad para la orientación de las personas y para dar a estas la posibilidad de controlar el curso de los acontecimientos si se desarrollan en permanente interrelación con las observaciones concretas. Pero los hombres de épocas anteriores no poseían todavía la experiencia necesaria para saber que es posible aumentar el conocimiento acerca de las conexiones entre hechos a través de observaciones

9. Comte, op. cit., p. 5.

46

sistemáticas. Consiguientemente, elaboraban modelos de las interrelaciones entre acontecimientos, indispensables para la orientación de las personas en el mundo, es decir, elaboraban lo que hoy llamamos teorías, como señalaba Comte, sobre la base de la capacidad espontánea del hombre para crear imágenes de la conexión entre los hechos con ayuda de la fuerza de la imaginación, de la fantasía. Esta explicación de la sucesión que Comte da a la ley de los estadios subraya de nuevo la fecundidad de su teoría sociológica-evolutiva del conocimiento. Es apenas un comienzo, precisa de un análisis más exacto, pero el modelo conceptual que está esbozando aquí merece atención mayor de la que se le ha dispensado hasta el presente.

La investigación científica de las ciencias

La tradición filosófica de la teoría del conocimiento y de la ciencia se basa sobre una hipótesis de la relación entre forma y contenido del pensamiento o, para expresarlo de otra manera, entre categorías y contenidos del saber, entre métodos científicos y objetos de la ciencia, hipótesis que ha sido transmitida como la pura evidencia, sin revisión, de generación en generación. La hipótesis en cuestión dice que la "forma" del pensamiento humano es inmutable, por mucho que puedan variar los contenidos. Este supuesto es el hilo rojo de muchas consideraciones de la teoría filosófica de la ciencia. Se estima que la ciencia se identifica por el uso de un determinado método, con independencia del carácter específico del objeto. Como se opuso decididamente, sobre la base de su posición sociológico-evolutiva, a esta separación de forma y contenido, de método científico y objeto de la ciencia, de pensamiento y saber. Se puede, señalaba implícitamente, distinguir pero no separar. "El método", escribía, "ha de ser variable en su aplicación, ha de ser ampliamente susceptible de modificación en función de la naturaleza específica y la complejidad de los fenómenos a que se refiera en cada caso, de modo que todos los conceptos generales relativos al método y su utilización serían excesivamente indeterminados. Ya en las más simples de las ciencias hemos separado la teoría y el método; aún hemos de pensar en proceder así cuando tratamos de los complejos fenómenos de la vida social... Por esta razón he

He intentado presentar una exposición de la lógica del método de la física social antes de ocuparme de la exposición de la ciencia tal.

Comte señala aquí un problema que desde entonces ha permanecido casi completamente ahogado: la cuestión de la relación entre forma de pensamiento y saber. Que el saber de la humanidad ha experimentado cambios en el curso de su evolución, que se ha ampliado y ha ido abarcando cada vez más ámbitos del mundo con fiabilidad y adecuación crecientes, está suficientemente demostrado por los controles cada vez mayores, que los hombres están en condiciones de imponer a los acontecimientos del mundo. En el presente es habitual imaginar que si bien el saber puede ser cambiante y crecer, la actividad misma del pensamiento del hombre está sujeta a leyes eternas e inmutables.

Ahora bien, esta separación ideal entre forma eterna del pensamiento y contenidos cambiantes no se basa sobre una investigación de las verdaderas circunstancias, sino que se deriva de la humana necesidad de seguridad que lleva a descubrir detrás de todo lo cambiante algo absoluto e inmutable. Muchos hábitos de pensamiento y muchos conceptos profundamente arraigados en los idiomas europeos favorecen la impresión de que la reducción de todo lo que podemos observar como cambiante y móvil a un estado inmutable y absoluto es la operación intelectual natural, necesaria y la más fecunda que puede realizar la reflexión de problemas, particularmente de problemas científicos. Una consideración más exacta muestra que la tendencia a remontarse a algo inmutable en la reflexión de lo que cambia tiene bastante que ver con una valoración inconsciente que Comte habría diagnosticado como síntoma de un modo de pensamiento teológico. Se acepta como obvio que algo inmutable que se oculta detrás de todo cambio posee un valor superior al cambio mismo. Esta valoración se pone de manifiesto en la teoría filosófica de la ciencia y el conocimiento, entre otras cosas, en la idea de que existen formas de pensamiento eternas e inmutables —representadas, por ejemplo, en las «categorías» o las reglas de juego de lo que llamamos «lógica»— que están en la base de los pensamientos comunicados por el habla o la escritura de los hombres de todos los tiempos.

Pero sucede con tanta frecuencia, que también la suposición de que las leyes de la lógica, que se tienen por inmutables, constituyen leyes efectivamente observables del pensamiento de todos los hombres, se deriva de una inadvertida confusión entre el hecho y el ideal. Aristóteles, que fue quien confirió una descollante significación al concepto de la lógica, entendía por tal, en lo esencial, reglas de la argumentación e indicaciones de cómo elaborar argumentos en la disputa filosófica y de cómo descubrir fallas en el contrario. La idea de que la «lógica» se ocupa de la prueba de leyes eternas del pensamiento parece que se vinculó al legado aristotélico sólo en la Baja Edad Media o aún posteriormente. En el uso actual de la palabra «lógico» se confunde una afirmación, la de que las leyes de la lógica son eternas y de validez general, con la otra, a saber, que se trata de leyes que constituyen el fundamento del pensamiento efectivamente observable de los hombres de todas las sociedades y de todos los tiempos. Lo mismo vale en relación a la afirmación de que existe un solo método científico. También aquí se presenta como prescripción y como ideal un hecho. El tránsito de la teoría filosófica de la ciencia y el conocimiento a la sociológica,

iniciado por Comte, se basó entre otras cosas en que Comte no colocaba en el ideal el modo de proceder de la ciencia, sino que se esforzaba por descubrir cuáles son los rasgos característicos del proceder científico, es decir, los que distinguen al pensamiento científico del precientífico. Tan solo sobre la base de tal investigación «positiva», es decir, científica, de lo que aportan realmente las ciencias, de la investigación de los objetos de indagación científica y de las propias ciencias, será posible construir una teoría científica de la ciencia. Cuando en esta línea se comprueba muy pronto que la idea de que un determinado método científico, por lo general el de la física, puede proyectarse a todas las otras ciencias como modelo de validez eterna es la expresión de un ideal específico. Los filósofos se adjudican en este caso el papel de jueces que determinan cómo hay que proceder para ser considerado científico. Esta mixtura filosófica de ideal y hecho, esta entronización del método de una ciencia particular, la física clásica, como método científico por antonomasia ha lastrado hasta...

INEM LE Ar rro

Hoy, ya significó Comte, el desarrollo autónomo de la sociología.

El planteamiento filosófico tradicional del problema es egocéntrico porque limita la cuestión de cómo el individuo puede lograr conocimientos científicos. Sin embargo, los individuos siempre han tenido que adquirir previamente, a través de determinados procesos de aprendizaje y a través de mecanismos de socialización, determinadas «formas de pensamiento», categorías específicas, ciertas formas de poner en relación las observaciones individualizadas. Cuando se supone las «leyes inmutables del pensamiento», que aparecen en muchas ocasiones en la filosofía clásica, como la herencia de la evolución social del pensamiento y el saber a lo largo de milenios, hay que preguntarse si la tradicional separación entre formas de pensamiento consideradas inmutables y contenidos de conocimiento variables tiene propiamente alguna justificación real. Constituye sin lugar a dudas un mérito de Comte el abandono del egocentrismo ingenuo de la tradición filosófica orientada de acuerdo con el pensamiento científico-natural y el reconocimiento del pensamiento precientífico, del pensamiento mediante el cual los hombres relacionan entre sí los acontecimientos singulares, como condición necesaria, como forma de pensamiento necesariamente precedente del pensamiento científico. Es probable que haya ido demasiado lejos al suponer que de acuerdo con la ley de los estadios las formas precientíficas de conocimiento tenían necesariamente que transformarse en científicas. Esto es algo que depende más bien de la orientación del desarrollo social global. Pero Comte fue, con seguridad, demasiado lejos al afirmar que todos los modos científicos de pensamiento han debido derivarse de modos de pensamiento precientíficos, que los primeros, que él denominaba teológicos o metafísicos, constituyen los modos de pensamiento más primarios, más espontáneos, si bien, seguramente, no los más objetivos y acordes con la realidad. Con ello anunciaba otro «giro copernicano». Pero el hecho de que más de cien años después estas observaciones hayan tenido casi ningún eco, que no hayan sido recogidas, ulteriormente elaboradas y transmitidas a la conciencia de amplios círculos sociales como parte integrante del conocimiento sociológico, constituye una muestra de las dificultades con que se enfrentó y sigue enfrentándose la consumación de tal giro.

Hubo una época en la que los hombres tenían por evidente que la Tierra descansa inmóvil e inmutable en el centro del universo. En el presente muchos hombres tienen por evidente que sus propios modos de pensamiento son, al mismo tiempo, los modos de pensamiento inmutables de todo el género humano. Permanentemente se afianzan en esta creencia a través de la experiencia de que estos modos de pensamientos científicos, «racionales», se acreditan sin tregua tanto en el trabajo empírico de la investigación como en la aplicación práctica en el campo de la técnica. Parecen directamente los modos «correctos» de pensamiento que los diferentes individuos llegan a imaginarse que les fueron conferidos por la propia naturaleza en forma de «entendimiento» o de «razón» con total independencia de su propia educación en una determinada sociedad, con total independencia de esta sociedad. No pueden recordar, y tampoco lo estudian, lo difícil que fue el camino de su propia sociedad en la derivación de modos de pensamiento científicos a partir de los

precientíficos y la promoción de aquellos a un lugar de predominio en todas las capas sociales. Pero al desconocer qué desarrollo social específico posibilitó en los países europeos —que prosiguieron el desarrollo del patrimonio de saber y pensamiento acumulado por muchas otras sociedades de la humanidad— el tránsito al pensamiento científico en principio limitado al contexto natural, cada cual entiende automáticamente su propio pensamiento y comportamiento «racional» respecto de las interrelaciones naturales como un don inherente, una obviedad, de la propia naturaleza. Cuando se constataba que en otras sociedades existían hombres mucho más dependientes, en lo relativo al comportamiento hacia las fuerzas de la naturaleza, del influjo de ideas precientíficas, mítico-mágicas, se presentaba automáticamente este rasgo como de debilidad, de inferioridad.

Es posible que las formulaciones de Comte hagan difícil aprovechar la brecha que él trató de abrir en los muros del viejo edificio doctrinal de filosofía y derribar así por completo. La tipología secuencial del pensamiento, descrita por él de acuerdo con los hábitos intelectuales de su época en términos de «ley», puede tal vez entenderse mejor si se la presenta como desarrollo de las estructuras de pensamiento en determinada dirección, que configura ella misma un aspecto del desarrollo de las estructuras sociales. Comte era completamente consciente de esta conexión, poniendo en relación la dominancia de formas mítico-mágicas de pensamiento con la hegemonía de las capas militares y sacerdotales y el predominio de formas científicas de pensamiento con la hegemonía de las capas industriales. Desde su época el fondo de saber social sobre el desarrollo de la sociedad humana se ha ampliado en tal medida que sería difícil ajustarse en mayor medida a las diferenciaciones y a las complejidades de sus interrelaciones.

La sociología como ciencia relativamente autónoma

Comte ha mostrado -señalando también en parte las razones- que el ámbito del objeto de la sociología es un ámbito sui generis que no puede explorarse por reducción a las peculiaridades estructurales biológicas o, como él decía, fisiológicas del hombre. Fue la comprensión de la autonomía relativa del ámbito del objeto de la «sociología» lo que supuso el paso decisivo para la constitución de la sociología como ciencia relativamente autónoma. El problema no ha perdido nada de actualidad. Todavía hoy se intenta con reiteración, reducir la explicación de los procesos sociales a estructuras biológicas o psicológicas. Vale la pena, por tanto, recordar de qué manera el hombre Comte podía oponerse hace más de 130 años a esta visión.

En todos los fenómenos sociales observamos en primer lugar la influencia de las leyes fisiológicas del individuo y, además, alguna cosa particular que modifica sus efectos y que proviene de la acción de los individuos sobre otros, complicada de forma singular en la especie humana por la acción de cada generación sobre la siguiente. Es así evidente que, para estudiar convenientemente los fenómenos sociales, hay que partir en primer lugar de un conocimiento más profundo de las leyes relativas a la vida individual. Por otra parte, esta subordinación necesaria entre los dos estudios no obliga ni mucho menos, a diferencia de lo que parecen creer algunos fisiólogos de primer orden, a considerar la física social como simple apéndice de la fisiología (...) Y ello porque sería imposible tratar el estudio colectivo de la especie como una deducción del estudio del individuo, dado que las condiciones sociales, que modifican la acción de las leyes fisiológicas, son, en este caso, la consideración más esencial. Así pues la física social debe basarse sobre un cuerpo de observaciones directas que le sean propias, sin perder de vista la necesaria e íntima relación con la fisiología propiamente dicha.

Muchas de las expresiones que usaba Comte tienen hoy otra significación. La expresión «especie humana» tiene en el presente un sabor decididamente biológico. Comte la utilizaba alejado de esta especialización como sinónimo de «humanidad»; y humanidad era para él lo mismo que sociedad.

La dificultad intelectual con la que luchaba derivaba de que trataba de establecer la imposibilidad de disociar el estudio de las sociedades humanas del estudio de las estructuras biológicas de los hombres y, al mismo tiempo, la autonomía relativa del primero en relación con este último. Con las experiencias y los instrumentos conceptuales de que disponemos hoy esta conexión es más fácil de establecer. En la propia biología se ha impuesto desde hace algún tiempo y en creciente medida la idea de que existen tipos de organización en cuyo interior la jerarquía de niveles interdependientes de coordinación e integración funciona de tal manera que las interrelaciones que dan lugar a los niveles de coordinación e integración de mayor amplitud poseen autonomía relativa frente a los de menor amplitud. Los planos más globales de coordinación no son, en sustancia, sino interrelaciones, esto es, figuraciones de los planos de integración menos globales, a los que hasta cierto punto controlan. Pero el

A modo de funcionamiento de los planos superiores de integración

El principio de la autonomía relativa frente a los diferentes elementos:

los planos inferiores está determinada siempre por la actividad de los superiores, pero la coordinación de cada plano es relativamente autónoma.

"La actividad relativa de los diferentes niveles de coordinación e integración en el sistema jerárquico ha merecido en los últimos tiempos atención particular."

Tal como se expone aquí esta consideración se refiere sólo a la estructura de organismos. Pero es un modelo intelectual de gran utilidad para la comprensión de la relación de los ámbitos objeto de cada uno de los tipos de ciencia entre sí. Las ciencias físicas, las biológicas y las sociológicas se ocupan de diferentes planos de integración del universo. Pero en cada plano se encuentran tipos de interrelación, de estructuras y de legalidades que no pueden explicarse ni entenderse a partir de los del nivel anterior de integración. Así, el funcionamiento de un organismo humano no puede explicarse sólo a partir de las características físico-químicas de los átomos que lo integran, ni el funcionamiento de un estado, de una fábrica o de una familia sencillamente a partir de las características biológico-psicológicas de los individuos que los integran. Comte percibió claramente la autonomía relativa de cada grupo de ciencias en el del sistema científico global. Dio expresión a este juicio sin proceder a su comprobación mediante investigaciones empíricas y modelos teóricos. Tal como él lo formuló tenía carácter aún intuitivo. Pero el problema estaba planteado. Se trata de resolverlo de modo más convincente. Como se verá, la consideración de esta cuestión jugará un destacado papel en lo que sigue. Mostraremos cómo y por qué el entramado de individuos interdependientes constituye un nivel de integración cuyas formas de interrelación, cuyos procesos y estructuras, no pueden derivarse de las características biológicas o psicológicas de los individuos que lo integran.

14. Wieser, Wolfgang, Organismen, Strukturen, Maschinen. Zu einer Lehre vom Organismus, Frankfurt am Main, 1959, pp. 64, 63.

54

El problema de la especialización científica

Mencionamos para finalizar, otra consideración en la que Comte anticipó uno de los problemas más actuales de nuestro tiempo. Probablemente es de esperar que un hombre de comienzos del siglo XIX se preocupase por las consecuencias de la creciente especialización científica y reflexionase acerca de los pasos que se podrían dar para hacer frente a las dificultades que preveía surgirían en relación con la creciente especialización científica. No puede considerarse casual que pioneros de la sociología como Comte y Spencer se ocupasen de un problema de teoría de la ciencia que ha sido objeto de atención relativamente escasa por parte de la teoría filosófica de la ciencia. En última instancia esta valoración diferente tiene que ver precisamente con el hecho de que la teoría sociológica de la ciencia orienta la investigación de las ciencias hacia hechos sociales, mientras que en la

De los estadios de Comte remite la posibilidad de contemplar la evolución de las formas de pensamiento y las ideas en relación con el desarrollo social más amplio sin necesidad de descartar aquellas como sencillamente ideologías falsas, precientíficas. Más que dar respuestas a un conjunto de problemas, sin embargo, Comte lo enunció. Pero llamó claramente la atención sobre la relación y aspecto de la vinculación entre formas precientíficas y científicas del conocimiento que es de gran importancia para la comprensión del desarrollo del conocimiento y, más aún, para la comprensión de todos nuestros conceptos y, en última instancia, también de los lenguajes en general. Mostró que sin lo que él llama el tipo teológico de conocimiento, y que nosotros tal vez llamaríamos sencillamente religioso, la formación del tipo científico es absolutamente impensable. La explicación que da de esto muestra en qué medida fue Comte un "positivista". Los hombres, señalaba, han de realizar observaciones para poder formular teorías. Pero también han de tener teorías para poder observar: "La inteligencia humana, en el momento de nacer, se habría visto encerrada en un círculo vicioso que no hubiese roto si, por suerte, no se hubiese abierto una salida natural gracias al desarrollo espontáneo de las concepciones teológicas"■. Comte hace referencia aquí a un aspecto fundamental de la evolución humana.

Supongamos que nos remontamos a una época anterior, en la que el patrimonio social del saber era mucho menor de lo que es hoy. Para poder orientarse, los hombres necesitan un cuadro global, una especie de mapa que les señale cómo se relacionan entre sí los diferentes fenómenos singulares que perciben. Actualmente forma parte de nuestro patrimonio de experiencias el conocimiento de que las teorías que señalan cómo se relacionan entre sí los hechos singulares son de la máxima utilidad para la orientación de las personas y para dar a estas la posibilidad de controlar el curso de los acontecimientos si se desarrollan en permanente interrelación con las observaciones concretas. Pero los hombres de épocas anteriores no poseían todavía la experiencia necesaria para saber que es posible aumentar el conocimiento acerca de las conexiones entre hechos a través de observaciones

9. Comte, op. cit., p. 5.

46

sistemáticas. Consiguientemente, elaboraban modelos de las interrelaciones entre acontecimientos, indispensables para la orientación de las personas en el mundo, es decir, elaboraban lo que hoy llamamos teorías, como señalaba Comte, sobre la base de la capacidad espontánea del hombre para crear imágenes de la conexión entre los hechos con ayuda de la fuerza de la imaginación, de la fantasía. Esta explicación de la sucesión que Comte da a la ley de los estadios subraya de nuevo la fecundidad de su teoría sociológica-evolutiva del conocimiento. Es apenas un comienzo, precisa de un análisis más exacto, pero el modelo conceptual que está esbozando aquí merece atención mayor de la que se le ha dispensado hasta el presente.

La investigación científica de las ciencias

Precisamente, el desarrollo notable que por fin ha alcanzado cada clase distinta de los conocimientos humanos evidencia la imposibilidad actual de aquella universalidad de investigaciones especiales - fácil y común en los tiempos antiguos. En una palabra, la división del trabajo intelectual, cada vez más perfeccionada, es uno de los atributos característicos más importantes de la filosofía positiva. Pero, reconocidos los prodigiosos resultados de esta división, que la hemos considerado como la verdadera base fundamental de la organización general de la sabiduría, es imposible que no llamen la atención, simultáneamente, los inconvenientes capitales que provoca el estado actual de la excesiva particularidad de las ideas que ocupan con exclusividad cada inteligencia individual. Sin duda, este efecto es hasta cierto punto inevitable, por ser inherente al principio mismo de la división; es decir, no podremos igualar de modo alguno a los antiguos, cuya superioridad provenía sobre todo del desarrollo de conocimientos.

Pero sí podemos, lo que parece, buscar los medios oportunos para evitar los efectos más perniciosos de la especialización exagerada sin renunciar a la experiencia vivificadora de la separación de las investigaciones (...) Existe coincidencia general en que las divisiones de las diferentes ramas de la filosofía natural (...) son, en última instancia, artificiales. Pero no olvidemos que a pesar de esta opinión, en el mundo científico quedan ya muy pocas inteligencias capaces de incluir en sus facultades el conjunto de una sola ciencia, que no deja de ser una parte, pequeña, de un todo más amplio. La mayoría ha optado por dedicarse al estudio aislado de una sección más o menos amplia de una ciencia determinada, sin preocuparse apenas de la relación de sus trabajos particulares y el sistema más general de los conocimientos positivos. Preocupémonos, así pues, por atajar el mal antes de que sea demasiado tarde, pues sería funesto que la inteligencia humana acabase perdiéndose en una agregación de estudios de detalle. (Subrayado de N. E.). Y digámoslo con toda claridad: este es, esencialmente, el punto débil que pueden aprovechar los partidarios de la filosofía teológica y de la filosofía metafísica para atacar con esperanzas de éxito a la filosofía positiva.

El método para frenar la influencia perniciosa que parece amenazar el porvenir intelectual debido a la especialización excesiva de las investigaciones particulares no puede ser, ciertamente, el retorno a la antigua confusión de los estudios, que tendería a hacer retroceder la inteligencia humana y que, por otra parte, hoy es ya del todo imposible. Muy por el contrario, la solución está en el perfeccionamiento de la propia división del trabajo. En efecto, basta convertir el estudio de las generalidades científicas en una gran especialidad. Hacer que una clase de científicos, sometidos a una educación conveniente, sin entregarse al cultivo especializado de ninguna rama particular de la filosofía natural, se dedique solo, partiendo del estado actual de las diversas ciencias positivas, a determinar el espíritu de cada una de ellas, a descubrir sus relaciones y encadenamiento (...). Y que, al mismo tiempo, los demás científicos, antes de entregarse a sus respectivas especializaciones, sean preparados para el futuro, mediante una educación que contemple el conjunto de los conocimientos positivos, para aprovechar de inmediato las aportaciones de aquellos científicos dedicados al estudio de las generalidades y, recíprocamente, para rectificar los resultados a los que hayan llegado, situación a la que los científicos actuales se están

acercando visiblemente.

